

A veces prosa

El archivo de Emilio Uranga

Adolfo Castañón

I

La llegada del archivo de Emilio Uranga a la Biblioteca del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM (donde también está el Fondo José Gaos) es un hecho prismático que, desde luego, se aplaude por la afortunada decisión de los herederos de Uranga y de su hija Cecilia en particular, y por la hospitalidad que el Instituto da a esos papeles gracias a la intermediación de Guillermo Hurtado y de la buena intervención del director Pedro Stepanenko. Es como si el hijo desobediente y retardador de la filosofía mexicana viniese a descansar finalmente a través de ese legado documental junto a ese maestro con el cual peleó o discutió en vida y obra, por ejemplo en el libro *¿De quién es la filosofía?* Podría decirse que Emilio Uranga se murió de tristeza al perder a ese maestro suyo que cayó muerto en un examen profesional, dando así, con su último suspiro, la última de sus *Confesiones profesionales*. Dice Uranga —prefiero citarlo a dar una gloria emilianense—: “Yo oía mucho a Gaos, pues llegué a comprender que, muerto él, ya no habría para mí ningún otro maestro. Esto lo escribió Cicerón, así literalmente, en su *Diálogo sobre la vejez*. A mí se me viene encima con un peso insostenible de melancolía”. Uranga escribió estas líneas en 1969 “En memoria de José Gaos” casi a los diez años de morir su maestro; apenas si lo sobreviviría otros diez.

Uranga murió “el lunes 31 de octubre de 1988 en la madrugada, o en la tarde o la noche del 30”, recordó su amigo Ricardo Garibay (con quien Uranga tiene, por cierto, no pocas semejanzas en el perfil del camino y en la actitud):

Probablemente murió el lunes 31 de octubre en la madrugada, o en la tarde o la noche del 30. Tal vez no supo que moría y ni siquiera que no le importaba. Imagino, o siento —más bien— que se fue helando poco a poco, deslizándose inmóvil hacia el fin, en total soledad, enteramente de espaldas a su destino, que apuntó tan alto en su primera juventud, que se esparció tan a ras del suelo a los sesenta y siete años de su edad. Sólo había libros en esa su última casa; libros en la sala, en el comedor libros, en el pasillo libros, libros en la recámara, libros en el baño, sobre el brasero y la estufa libros, sobre los sillones y las sillas libros, libros en el suelo, libros en las repisas, libros en los alféizares y en la cama y libros en los burós. Era la tercera o cuarta biblioteca que formaba. “Leo y leo y leo —me dijo en noviembre de 1983—, y para qué, para qué”. Había en su voz y gesto la extrema aspereza de los últimos seis o siete años, y por primera vez lo vi y lo oí perplejo, atónito, sin respuesta a lo que él mismo se preguntaba. Estábamos en Sanborns, y él llevaba un tomo de *Los heterodoxos españoles*, de Menéndez y Pelayo. “Lo estoy estudiando —dijo—. Nadie ha tenido ni tendrá el idioma de Menéndez y Pelayo”. Botó sobre la mesa el libro. “Te lo regalo. Léelo. A ti te va a interesar. O tíralo a la basura. Dáselo a la mesera, que se lo lleve”. [...]

Su radical escepticismo iba desembocando en nihilismo obligado y sin remedio. Todavía, de pronto, uno podía oírle oraciones de inteligencia soberana, pero su lucidez no duraba más de una hora, y cada vez con más frecuencia, su discurso reptaba sin ilación entre temas nublosos. No bebía desde hacía dos años, más o menos. Durante muchos lo dominó el alcohol, que no pudo apurar en grandes cantidades. Su cuer-

po pequeño y magro nunca dio para mucho; y me dice la generosa mujer que fue su esposa alemana, que al final Emilio era una espina en el último grado de desnutrición. Detestando la vida se dejó ir hacia la muerte, y la recibió dándole con la puerta en las narices. De algún modo esto fue heroico, y el dejar de escribir, el dejar de esperar algo de sí mismo, el decidir no amar nada ni a nadie, el no creer en nada ni en nadie. Una soledad ultra civilizada, sin rechinar de dientes, preñada de desdén por el conocimiento. Destino tremendo, el de quien estaba llamado a hombrear la filosofía de nuestro continente con la de los europeos. [...]

Amigos, por docenas; y ninguno lo llora, ninguno lo recuerda con amor. Las mujeres, la abundancia y la política (y mejor: el modo como él fue a su encuentro) royeron su discurso hasta matarle todas las palabras.

Se dice mucho que José Gaos dijo, luego de conocer a Emilio Uranga: “Inteligencias así, se dan en Europa cada siglo”. Juntabamos el dinero para el café de chinos, después de Mascarones, y después de cenar caminábamos el Paseo de la Reforma, de diez de la noche a cinco de la mañana, invariablemente, hablando de todo lo que hay entre la tierra y el cielo. Leíamos hasta cien o más libros al año, y nunca alcanzábamos a Emilio. Su velocidad para leer y su hondura al razonar nos mantenían naturalmente a su zaga. Cuando dábamos por concluido un tema, de ahí arrancaba aquél, descubriendo profundidades que no frecuentábamos. Ésta fue la realidad que otros hoy niegan. Su comprensión de la filosofía, del arte, de la literatura, de la poesía, parecía no tener barreras. Su actividad intelectual era rigurosamente incesante. Su compañía —que era su diálogo— era para los que hoy han hecho nombre, una fiesta diaria. Todos apren-

dimos de él, y no fue poco lo que aprendimos. Hablo de Luis Villoro, de Sánchez Macgrégor, de Ricardo Guerra, de Zea —su maestro—, de Reyes Nevaes, de Fausto Vega, de H. González Casanova, de Sergio Avilés, de Corrales Ayala, de Arnáiz y Freg y tantos otros más. [...]

Me dice Ruth: “Desde enero ya no salió de su casa. Usaba bastón. Pesaba cuarenta kilos. Se caía. Se desmayaba. Me prohibió llamar a alguien. Quería la completa soledad. Su aspereza era enorme. Así lo dejamos el día 30”.

Es la madrugada del 31. Pronto empezará a amanecer. La fría claridad de octubre. Entre millares de libros Uranga está muriendo. Se va haciendo de yeso. No consigo ver a su alrededor demonios ni ángel. Lo invade lenta la nada. Acaba de morir. Un silencio absoluto, tal vez un despectivo silencio. ¿Por qué ese destino atroz de quien traía la luz, la traía de veras consigo?¹

“Siempre me dijo Gaos —continúa Uranga— que lo más valioso en un hombre con vocación filosófica serían sus lecciones de moral y no de metafísica [...] Nunca leeré —me decía— lo que usted escriba sobre ontología. Pero sí todo lo quisiera decirme sobre la moral, sobre las costumbres, sobre los juicios de valor, sobre los hombres y las obras”. Es decir que Gaos hubiese preferido no leer el libro *Análisis del ser del mexicano y otros escritos sobre la filosofía de lo mexicano (1949-1952)*. Al parecer Uranga, el hijo desobediente de la filosofía mexicana, le hizo caso a su maestro, José Gaos, quien fuera, a su modo generoso y enciclopédico, el hijo desobediente de la filosofía española eurocéntrica, encarnada en su maestro José Ortega y Gasset. Emilio Uranga renunció a la ontología, luego de haberse enfrascado durante años en el decisivo libro *Análisis del ser del mexicano*, reeditado por Guillermo Hurtado con los diversos papeles producidos por el autor luego

o a raíz de la publicación de esa obra, que casi podría decirse que es la clave de las escritas por la generación del legendario grupo Hiperión. Uranga se puso a juzgar. En primer lugar a su maestro, José Gaos, a sí mismo y a su generación, a su país intelectual y a su paisaje en ese libro de título tan incómodo *¿De quién es la filosofía? Y siguió haciéndole caso a su maestro Gaos planteando relampagueantes, abrasadoras preguntas, como las contenidas en *Astucias literarias*, ensayos como el dedicado a Hamlet o artículos como los recogidos en las series *El tablero de enfrente (1978-1981)* donde ejerce el juicio sobre la moral, las costumbres, las letras y las obras. En el camino, al igual que su amigo Ricardo Garibay, que desertó de El Colegio de México porque quería ser escritor y no filólogo, bajo la mirada cómplice de Alfonso Reyes, Uranga renunció a la Universidad algunos años antes y por otras razones que su maestro José Gaos, y se dedicó a tentar al diablo desde el mercurial pacto del periodismo. Esta última tentación sería muy fecunda para la crítica literaria, para la crítica filosófica, aun para la crítica e higiene política y moral. Desde esa trinchera mefistofélica pudo alternar a Peter Handke con Jorge de la Vega Domínguez, la muerte de Sartre con la crítica al amigo en “Luis Villoro y el PRI”, hacer “reflexionar sobre Tlatelolco diez años después” y proponer que el 2 de octubre*

fuese una fecha de reconciliación y absolución nacional.

Desde su trinchera de hombre libre y a la par espectador comprometido, Uranga reflexionaría en dos artículos afiliados sobre “La muerte de Margáin” y en “Para qué murió Margáin”. Llama la atención la simpatía decidida que le tiene Uranga a Hugo Margáin Charles, investigador del Instituto de Investigaciones Filosóficas, cuya muerte trágica y criminal prefiguraría la violencia que poco a poco iría apoderándose de los escenarios regionales y mundiales. Uranga simpatizaba con Margáin (quien a su vez había criticado en un artículo polémico a Luis Villoro, en *Crítica*: “¿La indecible dicha? Una invitación a la muerte” (octubre de 1975), por su voluntad de vida y de participación, abstinentes de la abstinencia y deseosa —cito a Margáin, citado por Uranga—: “No hay que abstenerse de participar o arriesgar para no sufrir; ésta es una actitud para la que el cariño es un peligro; no vaya a venir después la tristeza del abandono o de la muerte”).

Me llama la atención la admiración de Emilio Uranga por Hugo Margáin, su reacción ante lo fuerte del joven filósofo. “La vida de Margáin fue breve, inmediblemente breve para darle, hasta la última que de entusiasmo, a escribir una obra filosófica perdurable”.

No sé si Uranga escribió una obra filosófica perdurable. ¿Lo será el *Análisis del ser del mexicano*? Sabemos que Uranga fue un pensador libre, un pensador terrible y un gran pensador admirado por sus maestros y pares, un agudo crítico literario de cuyas ideas han vivido o incluso medrado no pocos ingenios de nuestro país. Aquí están ahora sus diarios, cuadernos y apuntes esperando con impaciencia ser publicados y leídos. Había en Uranga una indudable vocación por la filosofía, una vida mental intensa y sensible, ávida de entrega crítica al mundo, la historia y su misterio.

II

En la colección Las Semanas del Jardín, de Bonilla Artigas Editores, teníamos la idea de publicar un libro de Emilio Uranga; gracias a Alejandro Rossi —amigo y compa-



¹ Ricardo Garibay, *Obras Reunidas 7, Memoria. Dos*, Océano, Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Hidalgo, Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Hidalgo, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2002, Pachuca, México, pp. 306-309. Otro emotivo testimonio sobre la muerte de Uranga lo dio Javier Wimer en *Revista de la Universidad de México*, número 17, julio de 2005, en el artículo “La muerte de un filósofo”, pp. 27-33.

ñero suyo— yo sabía que Uranga formaba parte de la historia de la filosofía en México de un modo mayor y de más importancia que el que lamentablemente tiene. Fui juntando y leyendo sus libros y folletos, las anécdotas y líneas generales de su leyenda. Uranga, además de ser un filósofo con todas sus letras y un lector notable, es también un personaje capaz de decir cosas como ésta: “—Gaos oyó por primera vez la palabra ‘filosofía’ en boca de un cura; yo lo escuché en el camerino de una señorita de muchísima alcurnia; por eso, mientras para Gaos la filosofía es un silencio, para mí es algo que se relaciona con el mundo de la elegancia, como un exquisito artículo de lujo”. Cierta tarde de hace unos dieciocho meses, hablando con Guillermo Hurtado, caímos en el tema de la importancia del grupo Hiperión y de Emilio Uranga en la historia de la filosofía. Al ver su entusiasmo compartido, consulté con los amigos de Bonilla Artigas, Juan y Benito, sobre la posibilidad de incluir un libro de Emilio Uranga en Las Semanas del Jardín. Lorenzo, el hijo de Alejandro Rossi, quien fuera tan cercano a Uranga, me dijo que Juan Villoro había sido en sus años mozos —cuando Alejandro y Luis estaban alrededor de su maestro José Gaos— amigos. Juan Villoro, a través de su madre Estela Ruiz Milán de Villoro, me dio las señas de Cecilia Uranga, quien escuchó la propuesta y unas semanas después la aprobó.

III

No sólo eso: me llevó a la oficina las cajas con el archivo de su padre Emilio Uranga para que de ahí fuesen depositadas en el archivo de Gaos en el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM —que en ese momento estaba cerrada por vacaciones—. Las cajas contenían, además de fotografías y recortes de publicaciones, una serie de más de una docena de cuadernos en que se alojaba el legendario diario de Emilio Uranga. Con su escritura regular y casi siempre legible Uranga da cuenta ahí de muchas de sus experiencias vitales e intelectuales en México y Alemania, registra conversaciones y pensamientos como si Uranga fuese el Boswell o el Eckerman de sí mismo. No

sólo eso, en esos diarios están alojados los ejercicios de lógica formal que Uranga se trajo de regreso de su viaje a Alemania, donde sustituyó a Martin Heidegger por Ludwig Wittgenstein. Sus cuadernos, que esperamos se publiquen en alguna fecha no tan remota en el Instituto de Investigaciones Filosóficas, demuestran que Uranga fue sin duda un pionero introductor de la lógica formal y de Ludwig Wittgenstein no sólo en México sino en el mundo de habla hispana.

Análisis del ser del mexicano es un libro afortunado. Acabo de descubrir que fue publicado como número 4 de la colección México y Lo Mexicano de la editorial Porrúa y Obregón (1952), y que ese mismo número 4 le ha tocado en suerte en la serie Las Semanas del Jardín. Gracias a Guillermo Hurtado² y al entusiasmo de los editores, vuelve a aparecer el *Análisis del ser del mexicano* publicado por Emilio Uranga en 1952, hace sesenta y un años; a esa obra se añaden veintitrés textos que tocan las cuestiones abordadas por ese libro central en la historia del pensamiento en México y en lengua española.

IV

¿Quién es? ¿Quién era Emilio Uranga? “Por esos años pontificaba Uranga en Mascarones, en un incierto sótano que sostenía el considerable peso de las aulas filosóficas y literarias. En ese café maldito y sagrado vi al joven maestro por primera vez. Era de regular estatura, más bien frágil. Y más que sus anteojos investigadores, me sorprendió la ambigüedad de su sonrisa. Uranga mostró a Portilla unos aforismos donde se hacían lenguas sobre la finura de los indios. Su sonrisa podía ser de sorna, de malicia, de curiosidad, de escepticismo o de zorruno disimulo. Llevaba uno de esos trajes grises de anchos hombros, a la moda de entonces, que adelgazaban mucho el semblante de los jóvenes. Tenía la traza de un muchacho travieso y hablaba aprisa y con una en-

² Guillermo Hurtado, *México sin sentido*, Siglo XXI Editores, México, 2011, 83 pp. Guillermo Hurtado es doctor en filosofía por la Universidad de Oxford y director del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM. Es autor de *Proposiciones russellianas. El búho y la serpiente* y *Por qué no soy falibilista*.

tonación de familia o de barrio. Atropellaba un poco las vocales con ríspida voz que le remedaban, a las mil maravillas, los novelistas Avilés Parra y Ricardo Garibay. Mientras aguardaba el comentario de Portilla, seguía sonriendo como un retrato de Voltaire. Sus manos nerviosas acudían al cigarrillo y corregían el nudo de su corbata o la posición de sus lentes de intelectual. Intempestivamente, me miró con una de sus miradas examinadoras y me preguntó, con autoritaria voz de sinodal, por qué la ‘línea criolla’ domina desde hace siglos la vida mexicana. La división de nuestro pueblo en españoles, criollos, mestizos, indígenas, mulatos y castas tenía mucha importancia para él. Debí contentarle mi discreta respuesta porque me otorgó título de interlocutor, más que de oyente. Y por si esto fuera poco, en un alarde de mundano dandismo, me recomendó como lectura inmediata el *Diario de un seductor*, de Sören Kierkegaard:

—A las ideas, como a las mujeres, sólo las fecunda la frecuentación —agregó con tono doctoral”.

La anécdota la transcribe Oswaldo Díaz Ruanova en su libro *Los existencialistas mexicanos*³ y quien proporciona de paso una imagen y otros dichos del filósofo que —lo dice él y le gustaba a Uranga que lo dijeran— se parecía a Jorge Cuesta: “Figura breve de ademán pulido, Uranga se parecía al poeta Jorge Cuesta, con diferencia de estaturas físicas. Le halagó la observación y me tomó por confidente de sus hallazgos, y por calles apartadas, aunque vecinas de la avenida Hidalgo, me fue explicando la génesis del volumen que pensaba publicar”.⁴

V

El nombre de Emilio Uranga está asociado al grupo filosófico Hiperión. Ambos nombres nos son familiares, pero en última instancia desconocidos: nadie recuerda que Hiperión es el nombre de un titán, un misterioso dios solar anterior a Zeus que da nombre a dos grandes poemas modernos

³ Oswaldo Díaz Ruanova, *Los existencialistas mexicanos*, Editorial de Rafael Giménez Siles, México, 1982, pp. 182-183.

⁴ *Ibidem*, pp. 181-185.

imantados por la energía de Grecia: un poema extenso del alemán Friedrich Hölderlin, *Hyperión* (1799), y el “Sueño” del poeta romántico inglés John Keats (1820). El fantasma solar y originario del arcaico titán griego redescubierto por el romanticismo alemán e inglés fue adoptado como un emblema por una generación de pensadores y filósofos surgidos en México en 1948, al promediar el siglo XX, como Ricardo Guerra, Jorge Portilla, Salvador Reyes Nevares, Joaquín Sánchez Macgrégor, Fausto Vega, Luis Villoro y Leopoldo Zea. Emilio Uranga perteneció a esta brillante constelación generacional que inicia —como apunta su laborioso seguidor Guillermo Hurtado, el editor y arqueólogo de *Análisis del ser del mexicano*, esta obra más que reeditada, resucitada por Guillermo Hurtado— entregándose al estudio de la filosofía existencialista precisa y se afina un par de años más tarde buscando dar forma y realidad, fórmula y palabra a un “filosofo fin de lo mexicano”.

En el gesto de esa promoción generacional hay un impulso hacia la revelación y la conciencia de sí. No es un movimiento aislado. El movimiento filosófico conocido como el grupo Hiperión se encuadra en la urgencia cultural y social que pauta la historia nacional y pone sobre la mesa ya desde el siglo XVIII la cuestión de “México como problema” y del perfil de su identidad y cultura. Desde el siglo XVIII, pero más en particular después de la Revolución mexicana, cuando el país y sus regiones se empiezan a dar cuenta a sí mismos de su historia, origen y formas singulares de conveniencia. La filosofía de lo mexicano no es un accidente ni una contingencia: vive, como lo apunta y lo reconoce Uranga en este libro, la Nueva España, la filosofía criolla, Lucas Alamán. Todo eso forma parte del proceso de gestación que desembocará en la subversiva propuesta de Emilio Uranga prefigurada por Samuel Ramos y Octavio Paz: la ontología del mexicano. La corriente mayor en que se inscribe este gesto intelectual del grupo Hiperión y en particular el ademán conceptualmente provocador de Uranga forma parte de un paisaje y de una rica tradición —cito a Guillermo Hurtado— en la que destacan autores como Unamuno, Martí, Ortega y Gasset, Martínez Estrada, Prada, Mariátegui y —añá-



Emilio Uranga

do yo— Octavio Paz, Luis Cardoza y Aragón, Sebastián Salazar Bondy, y antes María Zambrano, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Francisco García Calderón y José Enrique Rodó entre los más conspicuos. En un libro reciente, *México como problema. Esbozo de una historia intelectual*⁵ se enlistan los siguientes autores que han dado la vuelta en torno al cráter de la identidad problemática del país: Mariano Otero, Nicolás Pizarro, Francisco Pimentel, Andrés Molina Enríquez, Daniel Cosío Villegas, José Revueltas, Enrique Krauze, Carlos Pereyra, Julio Guerrero, Samuel Ramos, Octavio Paz, Luis Villoro, Alfonso Reyes, Santiago Ramírez, Rodolfo Stavenhagen, Larissa Adler, Guillermo Bonfil Batalla; adviértase que en ese libro no se menciona a Uranga, quien ha sido marginado en cierto modo del discurso. De ahí la necesidad de esta edición. Son, como se ve, todos, agentes portavoces de eso que Luis Díez del Corral ha llamado *La Europa raptada*. Tal es el paisaje hacia atrás, pero hoy tendrán un paisaje hacia el presente que se replica en los nombres, por ejemplo, de Roger Bartra, Carlos Monsiváis, Agustín Basave, Guillermo Sheridan, Juan Villoro, entre los más cercanos.

Análisis del ser del mexicano y otros escritos de Emilio Uranga no es un libro fecha-

⁵ Carlos Illades y Rodolfo Suárez (coordinadores), *México como problema. Esbozo de una historia intelectual*, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Cuajimalpa, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, Siglo XXI Editores, México, 2012, 390 pp.

do por más que la fórmula “filosofía de lo mexicano” puede parecerlo. En él se despliega y alienta una época —la de hace medio siglo— que por la buena pluma del inteligente escritor que es Uranga viene a codearse y moverse entre nosotros a través de los presagios inteligentes de Paz, Yáñez, José Gaos, José Alvarado, Arturo Arnáiz y Freg, Rodolfo Usigli, Edmundo O’Gorman, Antonio Caso, José Vasconcelos.

Emilio Uranga —uno de los hombres más inteligentes que se han dado en México, según Gaos— tiene un aire de familia disidente con José Portilla, Jorge Cuesta y Salvador Novo. Es un “raro”, una inteligencia indómita e inclasificable. En el paisaje hispanoamericano se le pueden encontrar afinidades con el argentino Héctor A. Murena, quizá con el cubano Julián del Casal. Pero en realidad Uranga no parece del siglo XX, más bien cabría situado en el siglo XVIII francés entre Voltaire, Restif de la Bretonne y Antoine de Rivarol por su agudeza pendenciera y su gusto por la discusión, su libido polémica. O, en el universo de habla inglesa, entre Blake y Mencken; o entre Karl Kraus y Leopardi: siempre en el ámbito de las figuras extremas, y los polos radicales. De los hombres al límite o en el límite. Filósofo y crítico literario, ajedrecista impecable en el tablero de las ideas. **U**

Palabras leídas el día 8 de octubre de 2013, en el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM, durante la entrega del Archivo de Emilio Uranga.